

# EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Vobis etiam merito accepta referimus, qui tam strenue religionis et  
justitiae partes tuendas suscepistis....

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO, ROMANO.

Deumque, ejus causam agitis, rogamus ut vos in proposito confirmet.—  
Pío IX, al director y redactores de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid: 12 rs. al mes.—En Provincias 20 rs. al mes y 60 por trimestre en casa de los comisionados, y 19 rs. al mes y 54 el trimestre en la administración.—En el Extranjero: 70 rs. trimestre.—En Ultramar: 90 reales trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la administración, calle de Pelayo, números 38 y 40, cuarto principal de la derecha.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.—Paris: Agencia franco-española de D. C. A. Saavedra, 55, Rue Taibout.—Manila: D. Francisco Zudaire, Presbítero.

## OFRENDAS A SU SANTIDAD.

Consolatrix afflictorum.

MORON. J. B. F., 60 rs.

Refugium peccatorum.

SANTA CLARA DE AVELILO. Un devoto, 8 reales.

MADRID. Anónimo, 200 rs.

## CONDENACION

DEL LIBRO INTITULADO

### LA HUMANIDAD Y SUS PROGRESOS.

NOS D. D. PANTALEON MONSERRAT Y NAVARRO,  
POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE  
APOSTÓLICA OBISPO DE BARCELONA, CABALLERO  
GRAN CRUZ DE LA REAL ORDEN AMERICANA DE  
ISABEL LA CATÓLICA, PRELADO DOMÉSTICO DE SU  
SANTIDAD, ASISTENTE AL SACRO SÍMBOLO PONTIFI-  
CIO, DEL CONSEJO DE S. M., ETC., ETC.

A nuestro venerable Dean y Cabildo catedral,  
a los reverendos Arciprestes, Párrocos,  
y Clero secular y regular: a los fieles  
todos de nuestra amada diócesis salud con la  
gracia de Nuestro Señor Jesucristo.

Nemo vos seducit inanis verbi:  
propter hoc enim venit  
ira Dei in filios diffidentiae.  
(Ephes. v, 6).

Ninguno os engaña con palabras  
vanas: pues por esto  
viene la ira de Dios en los  
hijos de la incredulidad.

Cada vez, al llenar el deber que nos hemos impuesto de dirigir la voz al pueblo barcelonés con motivo del aniversario de nuestra inmerecida instalación en la cátedra de los Severos, Pacianos y Olegarios, sentimos sobre nosotros el peso de los cargos que la vigilancia, el celo y abnegación de tan ilustres y denodados antecesores dirige a nuestra disipación, tibieza y morosidad. Sus venerables recuerdos confunden y dejan sin valor cuantas excusas podrá sugerirnos la debilidad nuestra, la razón de los tiempos y circunstancias presentes: pues que también su época fué de luchas contra la fé, que hubieron de sostener con su doctrina; de pretensiones por parte de una sociedad viciada, que tuvieron de rechazar con fortaleza; y asimismo trabajaron constantemente en corroborar con la palabra y el ejemplo las almas flacas a quienes la marcha y el espíritu del siglo, siempre presuntuoso y lleno de orgullo, como dice San Pablo (1), pudieran arrastrar en su impetuosa corriente. Por esto la sombra augusta de aquellos sabios y santos Pontífices nos llena de espanto, pareciéndonos que, como la de Samuel, nos llama a responder de tantas omisiones por las que puede temerse la ruina del gran edificio que ellos levantaron sobre la fé sólida de sus generaciones, para perpetuarlo a las que Nos presilimos, y debemos dirigir a esa altura de creencias, virtud y perfección que ellos les descubrieron con su doctrina y ejemplo.

Es cierto que las postreras edades han ido creando sucesivamente mayores obstáculos al progreso religioso; y el Cristianismo, con sus dogmas y moral, tiene hoy que abrirse paso nuevamente en medio de un mundo que, rechazando sus beneficios, suspira por la esclavitud del paganismo, de la que nos vino a libertar la verdad revelada. La razón, que al parecer esa luz celestial se vió precisada a cederle el lugar que ella ocupaba, y a inspirarle en el soplo de la palabra divina, se ha levantado nuevamente orgullosa con el apoyo de una filosofía bastarda, que opone todos los esfuerzos para sofocarla. Así se verificó, y verifica aun, que los hombres amaron y aman mas las tinieblas que la luz, como nos dice San Juan (2). Los siglos han ido arrojando sombras y vapores sobre la verdad, para oscurecerla; pero con la diferencia, que los que nos han precedido se han limitado a lanzar en el hermoso cielo del Cristianismo algunas negras nubes sueltas, salidas de esta ó la otra herejía, que solo impedían ver el hermoso sol de la religión de Jesucristo en toda la claridad con que ella se muestra a la humanidad para darle luz y vida; pero el nuestro ha venido a condensar todo ese espeso humo que sale de los pozos del abismo, para envolver a sus generaciones en una noche oscura, negando, no esta ni la otra verdad, sino erigiendo en sistema a negación de todas, ó la indiferencia por todas.

Esto es lo que verdaderamente pone á duras pruebas la fé de los pueblos, amenaza la ruina entera de su moral, y esto es tambien lo que coloca a los Pastores en una posición sin ejemplo en la historia de la Religión. No es ya lo que angustia nuestro corazón tan solo ver ese olvido de los deberes religiosos en todos los Estados, el descuido ó indiferencia por participar de los bienes y gracias misteriosas que nos ofrecen las fuentes seguras y abundantes de los Sacramentos que tenemos en medio de la Iglesia; no es el abandono de las prácticas religiosas, aun aquellas que caen bajo el precepto, como son la santificación de las fiestas, la comunión por la Pascua y en el extremo de la vida, sino esa guerra ímproba y sistemática, que á trueque de ensalzar la razón débil del hombre, tiende a neutralizar todos los principios religiosos, á prescindir de todos los símbolos, simplificándolos en el del yo, á inspirar no solo desden frío hacia las verdades salvadoras del hombre, de la fa-

milia y de la sociedad, si que á hacerlas odiosas, y combatirlas como contrarias á la perfección progresiva de la humanidad. En nombre de esta no hay opinión ni delirio que no tenga un defensor, y cuyas doctrinas no sean escuchadas y aun aceptadas por los hombres libre-pensadores, y por los discípulos de la moral independiente.

Entre tanto la verdad religiosa no puede tener el suyo sin riesgo de pasar por intolerante y esta falsa filantropía, decorada con el bello nombre de moderación con que se honran los que capitulan fácilmente con todas las creencias, so pretexto de no turbar los entendimientos y las conciencias, viene á dejar crecer las dudas en las verdades más ciertas, y desvirtuar las máximas más inflexibles de la moral evangélica, haciendo otra ecléctica y acomodada á las exigencias de la opinión, del gusto del siglo, y á los intereses y goces individuales. Nos, hemos clamado de viva voz y por escrito en diferentes ocasiones contra esta vergonzosa transacción, madre funesta del ateísmo destructor, treva engañosa que mina sordamente todos los estadios del orden social, alfoja todos los resortes de la vida moral, relaja todos los lazos civiles al mismo tiempo que los religiosos, y que, arruinando todo el fundamento de las rectas creencias, zapa con un mismo golpe todo el fundamento de la vida pacífica, honrada y laboriosa, ataca los derechos por los que subsiste la sociedad y la familia, destruyendo el respeto á la ley y á la autoridad.

Estos males ha previsto nuestro gran Pontífice Pío IX desde la elevada posición que ocupa, como alalaya de la casa de Dios, sobre el dilatado campo de su Iglesia: su ánimo contristado los ha deplorado, y su celo como Pastor de Israel le ha hecho levantar la voz y clamar repetidas veces contra ese indigno consorcio é indiferencia que el racionalismo intenta establecer entre la verdad y el error, el bien y el mal, lo justo é injusto, lo que es necesario y lo que es libre en el hombre; haciendo árbitra de estas nociones y principios á la sola razón, pospuesta completamente la revelación divina (1), como que la cree insuficiente é imperfecta de suyo, sujeta por lo tanto al continuo é indefinido progreso de la razón: De la elevación de su cátedra ha rechazado con su apostólica palabra esas graves é injuriosas imputaciones que acusan á la doctrina católica como una rémora de la civilización y del desenvolvimiento intelectual y material de la humanidad y del mundo (2). Ni se limita el celo del Pastor supremo á dar la voz de alerta contra los propagadores de tan funestas doctrinas, si que con el mayor encarecimiento excita el de los demás Pastores subordinados al mismo, para que velemos y despleguemos toda la solicitud en descubrir al pueblo que nos está encomendado las artes y engaños funestos que se valen los enemigos de la Religión cristiana á fin de ensalzar hasta las nubes el progreso que alcanzó la humanidad con las religiones paganas y sectas anticatólicas, y el que debe esperar si se deja conducir por la libre razón, suelta de todas las trabas que le opone la Iglesia católica.

Con esta falaz expectativa se aparta á los pueblos y á la generación presente del camino llano y seguro hacia la verdadera prosperidad, á donde puede conducirlos únicamente la doctrina revelada, y se les hace subir por la pendiente de un monte en cuya cumbre se les dice encontrarán su felicidad. Cada día se les alienta con que mañana la encontrarán, y la humanidad quiere y necesita ser feliz hoy.

Pluguiera al cielo que no tuviésemos necesidad de manifestar tan vergonzosas decepciones á nuestros amados y fieles hijos: sería para nosotros un consuelo inexplicable que no hubiésemos de hacernos eco, y reproducir las quejas amargas del Padre universal. Pero, con profundo sentimiento de tristeza, nos vemos obligados á levantar nuestra voz contra manifestaciones tan deplorables é intentos tan dañinos como los que lamenta el Soberano Pontífice en las alocuciones recordadas, y que son para Nos, no sólo una guía, si tambien un precepto indeclinable.

Nada nos cuesta mas que tener que hablar contra publicaciones que, decoradas con el título halagüeño y seductor de progresos y adelantos, buscan alcanzar aceptación ante un siglo que, conociendo su malestar y la fluctuación en que vive, cree que todo es efecto de la marcha lenta que se imprime á la humanidad por los que deberían hacerla acelerar hacia el perfeccionamiento intelectual y moral que busca y á que es llamada por sí misma. Tenemos que hacer un esfuerzo sobre Nos, acostumbrados á buscar todos los caminos más suaves para salir de la situación embarazosa en que nos colocan escritores que se lanzan al estadio abierto para la publicación de ideas útiles y conducentes á la verdadera ilustración y al bien social, pero que impiamente abusan de esta libertad convirtiendo las armas de su pluma y palabra contra los principios de Religión divina más canonizados, y contra aquellas bases sobre que se sienta la sociedad humana.

Tal es la necesidad en que nos coloca hoy la obra que ha comenzado á publicarse en esta capital: «La humanidad y sus progresos, ó la civilización antigua y moderna comparadas en sus instituciones, leyes, instrucción, costumbres, religiones, etcétera», por D. Alfonso Torres de Castilla. Desde sus primeras entregas llamó la atención de perso-

(1) Ep. encycl. Qui pluribus, 9 nov. 1846. Ep. encycl. Singulari quidem, 17 martii 1856. Alloc. Maxima quidem, 9 jun. 1862.  
(2) Ep. encycl. Qui pluribus. Alloc. Quibus quantisque, 20 apr. 1849.

nas literatas é imparciales la idea expresada en la primera página, dirigida al lector, dando los honores de civilización á esa rebelión incesante del espíritu humano que, desde la impropriadamente llamada reforma religiosa del siglo XVI, ha ido, según dice, «poco á poco emancipando á los pueblos del yugo teocrático simbolizado en los Reyes de derecho divino, y la sujeción del pensamiento á la revelación religiosa interpretada por la Iglesia». En cuyas palabras, textualmente copiadas, no sólo se descubre la injuria que se infiere á la religión revelada de que ella esclaviza el pensamiento, si que además se la presenta como un estorbo para la obra de la civilización. Bien es verdad que estando, según el mismo, encargada la «revolución francesa, y las demás que la han seguido como hijas suyas, de formular los derechos del hombre, creando un estado civil en estos derechos puramente racionales, y no en los dogmas religiosos»; no debemos extrañar que la religión de Jesucristo, como única que puede asegurar á los pueblos y á los individuos, no sólo su felicidad eterna, si la temporal, se haya mostrado contraria á esa «reconstrucción del edificio político en todas las naciones que forman, según el mismo escritor, la civilización moderna», digna de todos los encomios que le prodiga en el curso de su obra «largo tiempo acariciada en su mente con la idea de que sus lectores, sin distinción de edades ni sexos, saquen el convencimiento de que el progreso es ley de la humanidad».

Para hacer llegar á este convencimiento, el autor del progreso de la humanidad toma caminos que hacen retrocederla y la conducen á las tinieblas y á la barbarie, puesto que les muestra como una época de civilización enviable la de las repúblicas griegas y romanas en tiempo del paganismo, durante cuyo período todo es bello á sus ojos: política, literatura, artes, religión y costumbres. Ciego sin duda por este entusiasmo, se irrita y exclama: «El Cristianismo lo destruyó todo: ciencias, artes, literatura, dominando á la sociedad su carácter primitivo esencialmente ascético» (pág. 420). Mas no debemos juzgar que en este pasaje hablaba inconsideradamente, cuando desde la página 23 hasta la 417 no se halla más que una inventiva de gusto volteriano contra todo aquello que ha fomentado y protegido la Religión cristiana. Ella, dice en aquel primer lugar citado, «no ha podido haber producido lo que combatía, ni la Iglesia gloriarlo de lo que condenaba»; el Cristianismo «no declaró guerra á muerte á cuanto proedia el paganismo, y las bibliotecas públicas, como las obras de arte, fueron destruidas por el fanatismo religioso de los cristianos; el Cristianismo, continúa en la página 418, armado con la tea de los bárbaros, hizo tabla rasa con todo lo existente».

El común sentido, la conciencia pública y la historia se sublevarán contra tan odiosas imputaciones. Porque se halla en el sentir de todos los que conocen el espíritu de la Religión cristiana, así católicos como disidentes, que su fundador el Hijo de Dios, sabiduría y bondad increada, la estableció sobre la tierra para el perfeccionamiento de la humanidad en sus destinos, ora lo busque en el orden intelectual, ora en el moral, y aun en lo que embellece y hace menos sensible su marcha mientras dura su peregrinación. El Cristianismo entraña esencialmente lo verdadero y lo justo; y donde se hallan estos dos sublimes caracteres, allí se encuentra tambien lo bello y lo útil. ¿Cómo, pues, esta Religión bajada del cielo con miras tan benéficas había de inspirar el espíritu de destrucción en daño de la sociedad? ¿No fué ella por ventura la que, apoderándose de las pocas verdades naturales y máximas morales que se habían salvado en el naufragio que sumergió al mundo por el diluvio de supersticiones del politeísmo y de errores de la filosofía pagana, las consignó como dogma, y juntamente con las que se dignó enseñarnos en su Evangelio el Maestro universal de los hombres, sirvieron de base para las instituciones de los pueblos?

¿No es cierto que mientras estos han sido fieles á estos principios de eterna justicia han progresado en todas las sendas? ¿Por qué, pues, se desconoce el influjo benéfico de esta Religión divina, y se reputa como la mayor contradicción (en sentir solo del autor) atribuirle los progresos de todos géneros en la civilización?

A esto nos contesta: «que la civilización tiende á convertir la tierra en un paraíso, á disminuir los sufrimientos y aumentar los goces; y la religión cristiana proclama que la tierra es un valle de lágrimas en el cual debe el hombre sufrir, mortificarse y renunciar á los goces del mundo para ganar la bienaventuranza»; «el Cristianismo, pues, concluye, ni podía ni puede obrar la evolución que la civilización exige, porque él tenía y tiene una esfera mística y espiritual, incompatible con la sociedad civil.» (Pág. 23 y 420).

Por lo mismo, replicamos nosotros que el Cristianismo tiene una esfera espiritual, fué el único que pudo sacar á la civilización antigua de la barbaridad y tinieblas en que la había lanzado el paganismo, y es el único tambien que puede sacar á la civilización moderna del fango al que la ha arrojado la filosofía materialista, impulsando su mano la desalentada razón. Desde que esta marcha sola, y prescindiendo de su guía necesaria la fé, ha causado los destrozos y ruinas que calamitosamente se atribuyen á las creencias y máximas cristianas. El respeto á estas, á su culto, á la autoridad de una Religión que proclamaba las ideas de paz, de lenidad, el principio conservador

de todo lo útil y bello fueron los que salvaron de la destrucción esos monumentos de la civilización pagana, porque reflejándose aun en ellos al través del error y del voluptuoso lujo los esfuerzos del genio humano, la Iglesia, en su sabia economía, previó que sabría aprovecharse de aquellos restos del mundo viejo para el estudio de las generaciones nuevas, y los ostentaría como un trofeo alcanzado por esa Religión espiritual sobre el poder y los goces de la materia.

Además, la Religión cristiana no ha creído enviarse en consagrar esas obras del progreso humano á objetos esencialmente divinos, á la adoración y culto del Dios verdadero, á la celebración de los más augustos misterios obrados por el Hijo de este Dios. Así ha venido á dar tambien una especie de culto á la inspiración del arte; y llevando este á una región más elevada y propia del Supremo Ser á quien dedicaba sus obras, ha impreso á ellas el sublime carácter de la arquitectura cristiana, al lado de la cual quedan muy rebajadas todas las bellezas del arte profano antiguo y moderno.

Estas son las maravillas que ha creado el cristianismo, aun en esa Edad media, sobre la cual asegura el autor del progreso humano, «extraño esa religión celestial la noche mas oscura, y detuvo en su marcha la civilización que se iba soltando de las ataduras con que la sujetaban las ideas teológicas, predominantes en la primera época de la libertad del cristianismo». De modo; que el haberse este emancipado de la tiranía y crueldad de los Césares gentiles, le abrió el camino para esclavizar las inteligencias y el genio. «El mundo, dice, ya no se inspiró en otras ideas ni ciencias mas que aquellas que se enseñaban por los Obispos y monjes; ni el genio tenía otros objetos para manifestarse que las obras que le proponía la Iglesia: las cuales no pasaban de su limitada esfera. En suma, dice (pág. 420), el cristianismo no podía tener vida propia fuera del templo, ni podía producir mas que catedrales é imagen es de Santos».

Ciertamente que aun cuando el genio del cristianismo no se hubiese manifestado en otras producciones que en las catedrales é imágenes de santos, ni hubiese enseñado mas doctrina que la que enseñó San Agustín y demás doctores de su siglo, y los monjes en la Edad media, podía gloriarse sobre todos los alelantos de las escuelas filosóficas creadas por la reforma y el racionalismo moderno, y obtener la primacía sobre las academias profanas. Pero el cristianismo, que comunica á cuanto toca su inspiración divina, ha dado á la filosofía un noble lugar en la ciencia siempre que se ha inspirado en la revelación interpretada por la Iglesia, y ha buscado la luz en las dudas y cuestiones oscuras; á la política le ha comunicado principios estables que le han asegurado felices resultados en el gobierno de las naciones; á la legislación bases sólidas de justicia, y á las artes todas, belleza y sublimidad como la idea celestial que entraña. El cristianismo ha descendido tambien á las interioridades del ser humano, le ha revelado su dignidad y sublime destino; y aunque ha dicho al hombre que no lo tiene en este desierto, le ha dejado fijar en él su tienda de campaña, rodeándola de cuanto puede hacer cómoda su mansión. Le ha dicho que esta tierra era para él un valle de lágrimas; pero no se ha contentado con hablarle y hacerle presentes las penas inherentes al lugar, si que la religión ha puesto en su manos el sudario para enjugarlas.

¿Qué importa que la Religión de Jesucristo separe al hombre de cierta clase de goces, si estos se convierten después en amargura? ¿Será por esto menos diligente, menos activo para el trabajo útil, cuando la Religión le convida á comer el pan pacíficamente en el hogar doméstico rodeado de su familia? ¿Digasenos, pues, ahora si el Cristianismo está reñido con la civilización, con los progresos de la humanidad! ¿Señálese el punto de contradicción que existe en la aserción de «que esta Religión divina entra por todo y para todo en la civilización verdadera!» Es preciso rasgar la historia de diez y ocho siglos para suponer tales contradicciones, y negarse á lo que dicta la conciencia de todos los pueblos, para proclamar á la faz de ellos que todo lo que tiene de bueno en el progreso lo deben al renacimiento del paganismo obrado por la filosofía racionalista. Es preciso renunciar al amor patrio, para asegurar, como lo hace el autor, «que en España nada se sabía más que rezar, hasta que vino la filosofía racionalista penetrando las regiones oficiales después de haber dado vueltas al mundo, la cual hizo comprender que dejases á San Agustín y Santo Tomás por Descartes y Pascal, por Lineo y Newton.» (Pág. 443.)

¿Digasenos si en ese largo viaje encontró la filosofía escuelas dirigidas por españoles, y qué principios se enseñaban en ellas! Podíamos enviar á nuestro cristianófilo á tantas numerosas y ricas bibliotecas cuya existencia niega, para que si no tenía paciencia de registrar las acreditadas obras en todos los ramos escritas y publicadas con el mejor criterio y buena fé que él mismo lo hace, al menos consultase los historiadores de literatura, donde hallará sabios españoles que difundieron sus luces en toda Europa antes que aparecieran los que nos han enseñado. Pero cuando se escribe apasionadamente, ni los hechos, ni la lógica que de ellos se saca, sirven para algo. A quien desconoce que la Religión de la Europa civilizada es el Cristianismo, y que celebra «los triunfos de la filosofía racionalista sobre el Catolicismo y el poder de los Papas creado por el fanatismo», es imposible convencerle de que la ciencia y la civilización es-

tán simbolizados en estas dos instituciones. Déjesele decir que estaban mejor simbolizadas en las sociedades greco-romanas por estar más compatibles con la organización civil de la sociedad. A nadie que haya saludado su historia podrá convenirle que el politeísmo, la poligamia, la esclavitud de la mujer, el derecho de muerte sobre los hijos, eran condiciones más adaptadas á la civilización de los pueblos, que lo son la unidad de creencias y de culto fundada en la palabra de Dios verdadero, la monogamia, el matrimonio cristiano con su vínculo indisoluble, la elevación de la mujer y de la familia á su primitiva dignidad.

Después de estas lastimosas aberraciones, que en orden á la Religión colocan al autor del progreso de la humanidad en el más declarado deísmo; no debemos extrañar verle descender al cieno del más sordido materialismo, adoptando para el progreso de la familia y de la sociedad las teorías de un positivismo que disuelve á una y á otra. La familia, según el autor del progreso, «si bien ha mejorado de fundamento, pasando de la poligamia á la monogamia, esta solo tiene todas las condiciones necesarias para la formación y conservación de las familias en las naciones, donde la justicia y moralidad de las leyes dan derecho á la mujer para separarse del marido, si este no satisficiera las condiciones estipuladas en el contrato y previstas por las leyes, así como el marido lo tiene para separar de sí á una mujer hacia la cual ya no conserva el afecto que debe hacer feliz su unión.» (Pág. 37 y siguientes). Así el matrimonio queda reducido á un simple pacto, menos sagrado que cualquier otro, cuyo objeto es de interés transitorio.

Sin embargo, quien le reduce á este estado tan precario se empeña en probar, que es el más conveniente á la familia y á la sociedad, ponderando las leyes de algunas repúblicas antiguas que autorizaban la disolución del vínculo, y las de los países ó sociedades modernas donde el matrimonio no se declara indisoluble. Con este motivo, el autor combate la doctrina católica que proclama la indisolubilidad, y reprueba la que únicamente reputa matrimonio legítimo aquel que se celebra con las condiciones prescritas por la Iglesia. En una palabra, solo halla aceptable para el progreso de la familia y de la humanidad la unión civil de los pueblos que se hallan fuera de la Iglesia católica, censurando agriamente la doctrina de esta, y la conducta de los Concilios y Papas que han establecido impedimentos entre ciertas y determinadas personas. Todo el libro primero se halla salpicado con expresiones que el decoro exige guardar sobre ellas silencio; dirigiéndose las aspiraciones del que lo escribe á que se formen familierios como el de Mr. Godin, ó sean grandes establecimientos donde se reúnan muchas familias que vivan fraterna y económicamente: con lo cual se habrá dado un gran paso para la próxima realización del fanatismo ideado por Owen y Fourier, y se llegará á ese comunismo de personas y de bienes que no es una utopía en el concepto del autor, sino una idea realizable.

Sería inferir la nota de insensatez á nuestros ilustrados y cuerdos diocesanos el sospechar siquiera que tales delirios los creyesen realizables, y menos que considerasen el matrimonio católico como una dificultad para el bien de la familia y progreso de la humanidad, cuando todos saben que la Iglesia católica ha aceptado y enseña la doctrina de que Jesucristo restituyó el matrimonio á las condiciones de mutua y estrecha unión, y á la indisolubilidad con que Dios lo instituyó desde los principios del mundo; y que solo las sectas disidentes y heréticas han convertido la unión de ambos sexos en un contrato de interés y de especulación, el cual dura tanto como el móvil que lo produjo. Si la llamada civilización moderna ha introducido en algunos países católicos el matrimonio civil, léjos de poder acreditar sus buenos efectos en beneficio de la familia y de la sociedad, una y otra se resienten de los resultados inherentes á uniones que no santifica la gracia, ni autoriza la Iglesia como sacramento. Por esto el gran Pontífice Pío IX, que á la vez es celador de la santidad de las uniones conyugales y conservador de los derechos de la familia, ha levantado la voz en diferentes ocasiones (1) contra los que afirman que Jesucristo no ha elevado el matrimonio á la dignidad de sacramento, ó que en su caso solo lo consideran como accesorio al contrato: así como contra los que aseguran que por derecho natural el matrimonio no es indisoluble, y que la potestad civil puede sancionar el divorcio en varios casos, y finalmente, contra los que se empeñan en sostener que puede y debe darse entre los cristianos el nombre de verdadero matrimonio al contrato meramente civil.

Si nos hemos detenido en exponer la doctrina de la Iglesia acerca del matrimonio, es porque se propagan entre nosotros ideas disolventes con el seductor antifaz de que en otros pueblos civilizados, y católicos tambien, no se piensa con este rigor; y pluguiera á Dios que muchos de nuestros diocesanos, despreciando estas y otras especies salidas del bando anticatólico y apoyadas por la filosofía racionalista, respetasen como lo merece la santidad del vínculo con que se han ligado ante la Iglesia, y cuyos compromisos sagrados ha aceptado para su respeto y conservación. Así no tendríamos que deplorar tantos escándalos públicos, tan per-

(1) Ad apostolica, 22 Aug. 1841. Acerbissimum, Alloc. 27 Sept. 1852. Multiplices inter. Litt. apost. 10 Jun. 1851.



niciosos ejemplos para la familia y la ruina inevitable de esta, siempre que le falta la base natural en que se apoya.

Y no se nos diga, como lo hace el autor del progreso, que muchos de estos males se remediaron con la libertad de separación en ambos conyugios. Porque saltan luego a la vista los funestos efectos de esta libertad, que dejaría siempre contingente y azarosa la suerte de los que se unen para ayudarse mutuamente en la jornada de esta vida a la eternidad; constituiría en el abandono la familia, producto de una unión que se disolvió legalmente, y dificultaría el matrimonio mucho más que lo dificultaba la pobreza y el peligro del acierto. La inseguridad de contar con una compañía inseparable en las vicisitudes de la vida de la familia, de contraer enlaces, ora los promoviese el amor a la virtud, ora las afecciones puramente personales, ó los intereses calculados sobre la fortuna y el trabajo.

Si el hogar doméstico queda tan despojado de garantías para hacer el bien de la familia que se sienta en su rededor, puesto que todos los vínculos de la dependencia y unión no tienen más fuerza que la conveniencia y utilidad de los que la forman; ¿qué tal quedará el edificio de la sociedad civil, el cual no es otra cosa que la unión compacta de las familias, las cuales, como en otras tantas piedras, entran en su formación? No hay ciertamente que esperar en los medios que propone el autor para progresar la sociedad, más que su disolución y su total derrumbamiento.

En efecto, así se deduce de las doctrinas cuya apología hace en la pág. 240 y siguientes. Las autoridades en que las apoya son los principios proclamados en Inglaterra por Owen y en Francia por Saint-Simon, Fourier y Proudhon. Según ellos, «el mal social no reconoce otra causa que la insolidaridad de los intereses, y la solidaridad debe curarlo», es decir, el mal consiste en la propiedad, en el derecho que cada individuo tiene para decir: «el terreno que yo he cercado y cultivado es mío, la casa que he edificado me pertenece», «debiendo desenterrarse esas palabras tuyas y mías como un atentado contra los derechos de la humanidad, la cual debe ser igualmente participante del fruto ó producto como lo es el trabajo. Tal es el remedio soberano que propone el autor del progreso para curar los males físicos que el pauperismo hace sentir en la sociedad; así como los males morales se remediaron con la asociación. «Ella sola, exclama, puede educar convenientemente a las nuevas generaciones, confundiendo en una sola a todas las clases de la sociedad (pág. 284), elevando a la humanidad a una altura, a una unidad y superioridad moral e intelectual a que no podría aspirar mientras la ignorancia y la miseria sea para unos su ley, y para otros la instrucción y el lujo.» (Pág. 285).

Si se puede exponer el sistema socialista en términos más concretos que lo hace el libro que combatimos, ni pueden ser mayores las ilusiones de que se propone llenar el ánimo de sus incautos lectores. ¿Curar nada menos todos los males que pesan sobre la descendencia de Adán en pena del pecado, con esa comunión de bienes y de goces como recompensa del trabajo también común? Pues ¿no han considerado el inventor y los predicadores de esta teoría, que su ejecución contrasta las tendencias y la marcha de la humanidad, dotada de su propia fuerza é impulso por el mismo Autor supremo? Cuando éste ha distribuido con desigualdad los talentos, las fuerzas corporales y los medios para su ejercicio, ¿no ha querido desde luego establecer las desigualdades sociales necesarias para la perfecta armonía de este cuerpo social, y cifrar en ella un estímulo para la aplicación intelectual y el trabajo material? Si este trabajo no recompensa al hombre con la posesión privativa de lo que ha adquirido con el exclusivo goce de las ventajas que le proporciona, ¿quién moverá a este ser libre al trabajo? No será ciertamente el hacer participar de sus frutos a los peregrinos; y si estos han de devorar la sustancia del hombre laborioso y aplicado, ¿dejará este seguramente el trabajo. Vea, pues, cómo lejos de ser la comunión de bienes un estímulo, será una rémora para el trabajo, y de consiguiente para el progreso de la humanidad. Esta se consumirá en sus viciosos hábitos que procrea el ocio, y se disolverá con el humo vano de sus aspiraciones, ó caerá en el embrutecimiento de donde la sacó aquella Religión que impone al hombre la ley del estudio y del trabajo.

Haced desaparecer esta desigualdad de condiciones y de intereses que han creado la ilustración y el trabajo; mejor diríamos, intentad nivelar la humanidad en sus legítimos goces, y desde luego habéis esclavizado la inteligencia, la fuerza del genio, la actividad, puesto que se quiere poner límites y trabas a las facultades que ha dotado Dios al hombre. Por lo tanto, es un contrasentido proclamar libertad para la inteligencia, libertad para el trabajo, y a la vez querer que sea uno mismo el lote de la instrucción y de la riqueza, que cada uno pueda contar en su suerte. Esto es lo mismo que si un general de ejército dijera a sus soldados: marchad a discreción, pero cuidad de marcar el paso de manera que no dispare una línea el uno del otro. Y como si el director de una escuela dijera a sus discípulos: estudiad, aplicad vuestras potencias a la asignatura con todo el ahínco que cada uno puede; pero no quiero que alguno sobresalga un ápice en conocimientos, porque ser expulsado.

¿No veis que contra este propósito se levantaría el sentido común y la misma naturaleza? Pues del mismo modo se sublevará contra esas pretendidas realidades de solidaridad y mancomunidad de intereses en mala hora proclamadas por Saint-simón y Fourieristas, y adoptadas con tanto entusiasmo y propuestas como un medio de progresar la humanidad por escritores españoles tan ilustres como el que combatimos. Mas ya que unos y otros pretenden sacar la fuerza de sus argumentos de la naturaleza y de la historia, pudieran haber consultado a una y otra, y aquella les hubiera contestado elocuentemente: Violentas las leyes que me impuso el divino Autor, y la segunda les hubiera mostrado en cada página, con caracteres sobresalientes, que el hombre, desde que salió de la mano del Criador tiene sobre la tierra el destino de hacer un uso recto de sus facultades intelectuales y físicas, y un derecho de hacer suyo el fruto de su trabajo; que debiendo no obstante ayudar a los demás individuos de la familia con quienes vive y de la sociedad a que pertenece, Dios ha puesto en él un sentimiento de interés y amor recíproco para esta ayuda mutua.

Cuando el pagismo con sus intentos feroces y sensuales extinguió en el hombre ese noble sentimiento substituyéndole por el mas desolador egoísmo, entonces vino la religión cristiana a suscitar la llama del amor al prójimo, encendiéndole el fuego de la caridad que Jesucristo había traído del cielo a la tierra. Solo, pues, esta religión divina que respetando la propiedad individual dice al rico que délo superfluo al pobre, dejándole en libertad para disponer de lo demás como un mérito, solo ella puede curar la lla del pauperismo abierta en el cuerpo social por el racionalismo egoísta; puede, en fin, hacer desaparecer esas diferencias inherentes a la sociedad, y que son como el núcleo de la gradación y dependencia, que constituye el organismo del cuerpo social. Todas las otras teorías son antioscenas, y han sido reprobadas por el oráculo supremo de la Iglesia «como nefandas, contrarias al mismo derecho natural; porque, una vez admitidas, trastornan radicalmente todos los derechos, cosas y propiedades, y la misma sociedad (1).» ¡Ojalá esta voz augusta sofoque la de una escuela cruel y sin entrañas!

(1) Litt. encycl. Qui pluribus, 9 nov. 1840. *Qui pluribus*, 20 apr. 1849. *Quanto conficiamur morore*, 10 aug. 1863.

Ni son menos reprobables los medios insidiosos de que se ha valido para hacer prevalecer el comunismo sus apóstoles y defensores. Vistiéndose con piel de oveja, como dice sabiamente nuestro venerado Pontífice, proclaman el derecho al trabajo, y como una consecuencia al que les da la recompensa, la cual satisfaga no solo las necesidades naturales é indispensables del Estado y la familia, si también las facticias, ó que crea el amor a todos los goces de la vida hasta colocarse al nivel de aquel que dá el trabajo. En este estado se hallará la solidaridad apetecida, el amor al trabajo, de cuyo desarrollo depende (al decir del autor del progreso) la moralidad, mejor que de todas las predicciones divinas y humanas. (Pág. 88). Tal es el idilio social que entona la escuela de nuestro escritor, incapaz de realizar nada de moral, nada de grande ni de fecundo.

Convenimos, desde luego, en que el trabajo es una virtud, es, como hemos dicho más adelante, el cumplimiento del destino del hombre, a quien Dios colocó en el paraíso terrenal para que los cultivase aun en el estado de inocencia, *ut operaretur illum* (1); pero perdida esta por el pecado, el trabajo es para el hombre una pena impuesta por el mismo Dios en castigo de su rebelión. Cumpliendo esta justa condena el hombre, ha querido que alcanzase el pan cotidiano de su sustento, comiéndolo con el sudor de su rostro.

Así, la pena ha venido á ser mas llevadera; en vez de desanimarle le exalta, y porque todos nos sujetamos á ella, no hace nuestra condición ignominiosa, ni nos sujeta á la esclavitud ó al señorío de otro, sino que hace considerar al hombre como un conquistador sobre la materia. Mas, eso no obstante, el trabajo malamente ó impropriadamente se llama derecho, mucho menos si por el quiere entenderse, como lo entiende la escuela comunista y socialista, la acción que cada individuo tiene para exigir de otro que emplee la fuerza ó habilidad á medida de sus deseos, recompensándola, según lo exigen no solo las necesidades reales, si también las facticias, ó que crean los goces de la vida.

En este sentido jamás el trabajo ha sido un derecho; cuando mas lo será si se considera como un medio para conseguir lo que el hombre necesita para su racional sustento y el de su familia. Trabaja para gozar es la negación de la virtud; es el olvido de la familia, el egoísmo material.

El trabajo es, en su verdadera acepción, una victoria obtenida sobre la parsimonia de la naturaleza, según la idea de un orador (2). Bajo este aspecto, la sociedad cristiana, lejos de haber considerado el trabajo como la calumnia del autor del progreso, pag. 92, le ha ennoblecido mas que todas las sociedades antiguas paganas, y las racionalistas modernas.

La Religión cristiana exhorta á sus seguidores á sufrir la áspera prueba de la vida; á aceptar el trabajo junto con el padecimiento, su compañero inseparable, á contentarse con los frutos que le dé una tierra ingrata, cubierta de zarzas y espinas; á no murmurar después de recibir la recompensa conveniente, sin entrar en cuenta con la posición del dueño, ni con la mayor largueza que haya ejercitado en otros, puesto que á él no se le hace injuria alguna. Cuando todo un pueblo se ha sometido al imperio de esta doctrina austera, ¿quién no ve lo que ella puede hacer para conducirle rápidamente a la vía del progreso legítimo? ¿Quién impedirá á semejante pueblo, empapado en la doctrina y ejemplos del Evangelio, á multiplicar los milagros del genio, y mostrar lo que puede el trabajo del hombre, cooperando á los designios de Dios? No se culpe, pues, á la Iglesia católica de retraer del trabajo con sus doctrinas, con sus gremios, con sus fiestas; ni menos con la nota de servil que le impone en sus cánones y encíclicas de los Papas.

Sus doctrinas le dan impulso, presentándolo como una ley, un deber, una perfección de la vida: los gremios no eran creación suya, ni los absorbía la Iglesia, aunque, colocándose ellos voluntariamente bajo la protección de un Santo, recibían de la misma las consideraciones y honores que se dispensan á la asociación más distinguida, viniendo por lo tanto á ennoblecere todos los oficios y alentar el trabajo. Así se hacían los gremios cristianos, sociales y productivos de un trabajo servil, y contentado. Las fiestas solo sacan al hombre del trabajo para corroborar sus fuerzas y evitar le sea oneroso; para que satisfaga las necesidades espirituales; estas necesidades que olvida ó desdén la filosofía materialista, la cual no ve en el hombre más que el animal, y por lo tanto no le concede otro descanso que el que exige el goce, el placer, que es el amor para quien trabaja. La Iglesia, por fin, nunca ha puesto el trabajo del hombre libre al nivel del esclavo. Si sus Concilios y Papas dan el dictado de servil al trabajo del campo, del taller y del mercado, es porque el pagismo le hacía exclusivo á los siervos. Y la Iglesia aceptó esta denominación sin querer inferir á este trabajo un concepto ó nota degradante, como pretende el autor del progreso, pag. 225.

Mucho menos piensa la Iglesia en reducir á los hombres á la condición de esclavos, mirándolos como hijos de Jesucristo que les dió libertad, y sabiendo por boca de su divino Maestro que la verdad que enseña hace libre al hombre que la sigue. ¿Ignora acaso el que tan groseramente calumnia á la Iglesia, que ella desde la caída del pagismo se ocupó incesantemente en sus concilios de mejorar la suerte de sus esclavos, ya que no estaba en sus manos darles la libertad á todos? y que cuando pasaban al dominio de la misma con la gleba ó tierras á que estaban adictos, los manumitiera con la mayor solemnidad, y les alcanzaba de los príncipes los privilegios de hombres libres, según el mismo autor confiesa en la pág. 157? ¿Cómo, pues, se atreve á decir que á pesar de la oposición interesada del clero disminuye el número de siervos en la Europa cristiana?

Tales son las contradicciones en que le hace incurrir al autor de *La humanidad y sus progresos* el ciego odio al Cristianismo, á la Iglesia y á todas sus instituciones. Al través de este negro prisma no vemos que las tinieblas más densas de la ignorancia en que se abismó la humanidad dirigida por el clero en la Edad Media, y hasta que los esfuerzos de Abelardo, Arnaldo de Brescia y Wiclef salieron á combatir una fe ciega é incondicional, intransigente.

Sensible es que, por mas que haya investigado, no haya encontrado el autor del progreso vestigios de escuelas de instrucción primaria, reduciéndose esta, en los monasterios é iglesias, al Catecismo y oraciones. Pudiera haber consultado la historia así eclesiástica como profana, y habría visto como, desde los primeros concilios, los Obispos mandaban á los sacerdotes que tuviesen escuelas hasta en las cabanas, donde se enseñase la lectura, escritura y los rudimentos de Religión: como el concilio de Letrán en 1179 estableció en todas las iglesias catedrales un oficio ó dignidad con el título de maestrescuela, á las que agudiesen todos los que no podían ser instruidos por sus padres.

La Iglesia, con esta solicitud que ya mereció los elogios de San Juan Crisóstomo en el siglo IV, se proponía, y se ha propuesto siempre, cumplir la misión que tiene de Jesucristo desde que dijo: «Id, enseñad á todos los pueblos.» Siempre que ha tenido libertad para desempeñarla, no la ha concretado al templo, como hoy se quiere; la ha ejercido en las escuelas públicas, en los estudios universales con gran fruto de la juventud y bien del público. Si se quiere separar á la Iglesia de la enseñanza, ó secularizar completamente esta, conforme al plan que se propone el autor para acelerar el progreso de las luces, téngase por lo me-

nos atención con los derechos de la paternidad para no obligarla á que los hijos asistan á escuelas de las que está desterrada la Religión, ó encargada su enseñanza á los que no han recibido la misión legítima. De otro modo, esa obligación que se les quiere imponer, será más bien impiedad obligatoria que enseñanza obligatoria. Vale más, dice á este propósito Pío IX al Arzobispo de Friburgo, no enviar los hijos á las escuelas, que enviarlos á escuelas donde la Religión está en peligro.

Felizmente, el Gobierno español, interpretando el sentimiento general de la nación, que con su augusta Reina se muestra siempre religiosa y católica, ha previsto estos y otros inconvenientes que ofrecían á la enseñanza las disposiciones participantes más ó menos de la idea que intenta establecer un divorcio entre la Iglesia y el Estado. (Por una preocupación fatalmente alimentada hasta en cuerpos ilustrados y altas regiones, se cree que la influencia de aquella detiene el progreso de los intereses de este.)

Por otro, combinando prudentemente las fuerzas que una y otra institución pueden aplicar en favor de los verdaderos y sólidos adelantos de la moral y de la instrucción primaria, acaba de presentar un proyecto de ley dirigido á realizar los deseos de cuantos tienen por máxima que la instrucción disminuye un poco la ignorancia, y la Religión sola doma la resistencia, reforma y corrige las inclinaciones: que la moral no puede darse sin Religión, la una no va sin la otra, de manera que, como dice un sabio hombre de Estado, «una moral sin religión es una justicia sin tribunales.» Estas y otras consideraciones que resaltan en el preámbulo de dicho proyecto, así como en algunos discursos pronunciados en el Congreso de diputados, pueden servir de suficiente contestación á las razones en que el autor del progreso de *La humanidad* funda «la exclusión completa de la Religión en las escuelas, encerrando la enseñanza de aquella al hogar doméstico y al templo, dándola solamente, por delegación de los padres, el párroco, y nunca á las corporaciones religiosas» (pág. 317).

No es posible, sin salir de los límites de una carta pastoral, hacernos cargo en detalle de las injustas imputaciones que el mencionado escritor dirige al Cristianismo y á la Iglesia; al poder espiritual y temporal de los Papas, hablando de los obstáculos que la civilización ha encontrado en su marcha durante los tres periodos en que se detiene á considerarla.

Como las acusaciones que dirige se hallan fundadas en hechos que la sana crítica ha presentado á la faz del siglo y de la persona que reflexiona en su genuina significación, resultando de la mayor parte de ellos una gloria que motivos de humillación para la Iglesia; no descendemos á la arena de la discusión para ocuparnos de argumentos tantas veces y tan victoriosamente confutados. Bastanos decir por contestación á todos, que si el autor que refutamos se ha propuesto, como lo dice en diferentes partes de su obra, mostrar á la humanidad el camino que ha andado y el que le resta para llegar á su perfeccionamiento, mal lo conseguirá por las teorías desacreditadas que propone.

La Religión católica, que ennoblecía el corazón y sancionaba todo lo que eleva la inteligencia, es la única que puede hacerla llegar á ese deseado fin. El Catolicismo, cuya principal misión es hacer predominar el espíritu á la materia, se halla siempre de inteligencia con el progreso verdadero. Y no es porque la Iglesia, como dice el autor (pág. 23), «arrastra por el torrente del progreso, ha acabado por transigir con él, ni menos porque haya dado nuevas interpretaciones á la palabra revelada.» La Iglesia, desde su institución ha marchado guiada por la verdad, de que su divino fundador la hizo maestra: conforme al espíritu de Jesucristo ha difundido las luces por todas partes, y ha acompañado á la inteligencia humana hasta las extremidades del mundo; la ha abierto el camino por medio de sus enviados para que examinase las costumbres, la política de todos los pueblos, y comparase principios con principios; ha permitido que descendiese hasta los senos de la tierra, y examinase los tesoros que encierra; ha acompañado al hombre en todas las investigaciones, y se ha proclamado altamente favorable al legítimo progreso. No necesitaba, pues, transigir con el bastardo que constituye la civilización moderna, ni puede hacerlo sin renunciar á sus principios inflexibles de verdad y justicia, como ha declarado su Cabeza suprema (1). Mucho menos puede interpretar de diverso modo la palabra divina, siendo perfecta y la misma siempre, como emanación divina; no estando sujeta á las interpretaciones del espíritu privado, sino á la del Espíritu divino, que inspira á la Iglesia y á su Cabeza, con cuya autoridad se proponen los fieles los artículos ó reglas á que deben ajustar sus creencias. Lo contrario, esto es, que la revelación está sujeta al continuo é indefinido progreso humano, se halla condenado por Pío IX (2).

Dejemos ya á escritores que no conocen el espíritu del Cristianismo, los cuales buscan la explicación del progreso y de sus leyes donde realmente no se encuentran ni pueden encontrarse. Entre tanto vosotros, amados hijos y hermanos míos, no pasareis por malos cristianos, como lo quiere el que confutamos (pág. 23), empeñados en hacer al Cristianismo autor de los progresos sociales; ni le hareis por ello el daño que aquel piensa, sino le dareis la gloria que le es propia. Ninguno os engañe con palabras vanas: *Nemo seducit inanius verbis*. No hagais caso de las tesis y doctrinas de tan mal concebido escrito, ni de los de otros filosofos y menguados historiadores que circunscriben el progreso de la humanidad, dotada de inteligencia y llamada a su fin sublime, á los agentes oscuros y materiales del trabajo, es decir (según se expresa su autor, pag. 23), «al arado, á la sierra, las tijeras, la aguja, el telar, el escople, y la máquina, en fin.» «Estos, según el mismo, son los agentes principales del progreso, á quienes hasta ahora no se les ha hecho justicia.» Vosotros reconoced por agente único y poderoso de la civilización otro más ilustrado y noble, á la religión que dichosamente profesas; la cual marchó siempre llevando en la mano un código de principios salvadores, de leyes políticas y morales más justas, y acomodadas á todos los tiempos; porque el Evangelio, lo mismo que su autor Jesucristo, no es para ayer ni hoy solamente, si es para todos los siglos, como dice San Pablo. En él y por él se han restablecido todas las cosas á su legítimo origen (1).

En él y por él solamente puede marchar la humanidad á su verdadero fin, progresando á medida que los preceptos que ese código divino encierra tengan la mas religiosa observancia. Esta observancia es y será siempre la causa poderosa de la buena economía social, y de la felicidad que prometa al hombre en el tiempo y en la eternidad.

Por esto es, pues, amados hijos, que siempre, y ahora especialmente, os exhortamos con toda la celo que es propio de nuestro amor paternal y solicitud pastoral, á que marchéis decididamente por ese camino que os traza la ley del Señor y su palabra: ella es antorcha que alumbrará nuestros pasos, como dice el Profeta (2), y aquella aroma para que atrae las almas, y con su brillo disipa las sombras que la pasión pone delante los ojos (3).

Reconociendo que la inquietud de la mente y el deseo de progresar es la ley constante de nuestra existencia, Dios os ha deparado un astro que os guie en esa Religión divina, la cual apareció hace diez y ocho siglos sobre la tierra para el bien de la

(1) Alloc. *Jam dudum cernimus*, 18 Martii 1861.  
(2) *Qui pluribus*, Encycl. 9 Nov. 1866. *Maxima quidem*, 9 Jun. 1862.  
(3) Ephes., I, 10.  
(4) Psalm., CXIII.  
(5) Psalm., XVIII.

humanidad. Ella os enseña los santos principios que han de dirigir vuestros pensamientos, y la idea moral que ha de purificar los afectos y deseos de vuestro corazón en todas sus manifestaciones. Sin esta dirección las tendencias de vuestra mente y de vuestra sensibilidad os arrastrarán á enormes desvarios; y los males que proceden de tan nefastas aberraciones son demasiado terribles, para que se desdén el estudio y la práctica de la religión de Jesucristo, como medio de extirpar radicalmente las causas que los provocan.

Con el único fin de evitarlos, hemos creído conveniente ponerlos delante las doctrinas, fruto de una concepción humana errónea, que os muestra el camino para ser felices en oposición del que Dios y la Iglesia nuestra madre os enseña. No queremos cohibir vuestras tendencias hacia el estudio de las ciencias ni al adelanto de las artes; queremos y debemos, empero, advertiros que las conquistas en este terreno no hacen por sí solas la dicha del hombre, si por otra parte desconoce las vías que ha de seguir para llenar los fines que le han sido asignados por la Providencia en el estado respectivo. Por esto vemos sabios é ingenios de gran talla que, no sabiendo labrar su propia felicidad, toman sin acierto el papel de maestros y pedagogos de los demás, con la inmoderada presunción de ser unos guías seguros. Esperamos, sin embargo, aún el desengaño en esta clase de hombres á que pertenece el autor de la obra que combatimos; porque el más apasionado por ciertas ideas llega á desoír las doctrinas que enseñan sobre el error de que son verdades, y al dispárese el error por la brillante luz de la palabra revelada, muere aquel amor frívolo y absurdo.

Entre tanto nos pedimos al Padre de las luces, y esperamos del mismo, libre de todo error é ilusión á que están expuestos nuestros amados hijos; hoy que las concepciones criminales de escritores bajos, las pinturas y estampas por las que un artista corruptor excita la imaginación y las pasiones, se ponen tan fácilmente en las manos y á la vista de todos, haciendo víctimas de sus depravados intentos la inocencia é imprevisión. Repetimos nuevamente que no podemos declinar el deber que nos impone el cargo de Pastor de la Iglesia; bajo cuyo concepto nos incumben, no solo señalar á nuestras ovejas donde está el pasto venenoso que puede dañarlas si también apartarlo de manera que los incautos no puedan participar de él.

Por lo tanto, en uso de las facultades ordinarias que nos conceden los sagrados cánones, especialmente del Santo Concilio de Trento, y el más reciente Concilio, como asimismo en virtud de las extraordinarias y pontificias cometidas á todos los Diócesanos por la Santidad de Leon XII, cumpliendo con lo recomendado por nuestro santísimo padre Pío IX en sus citadas letras apostólicas; después de haber oído el parecer de los señores diputados por Nos, debemos condenar y condenamos la obra cuyo título es: *La humanidad y sus progresos, ó la civilización antigua y moderna comparadas en sus instituciones, leyes, instrucción, costumbres, etc.*, por D. Alfonso Torres de Castilla, que se ha publicado en esta ciudad, como injuriosa á la religión cristiana y católica, inductiva al desismo, subversiva del orden social y moral; mandando que ninguno de nuestros fieles súbditos pueda leerla ni retenerla bajo las penas impuestas por la Iglesia y que todas las entregas de dicha obra publicadas y que se publicaren sin nuestra aprobación en la parte que nos compete, sean puestas á disposición de los Curas párrocos respectivos, para los efectos de la ley.

Por fin de esta nuestra carta pastoral no podemos menos de manifestaros, amados hijos en el Señor, cuánto consuelo sentimos, en medio de tantos motivos de tristeza, al ver vuestros deseos de que brille de cada día más vuestra divina Religión, y se enaltezca su culto, tomando una parte muy digna de alabanza en cuanto contribuye á su esplendor. para que con este lenguaje mudo, pero elocuente, aparezca más á las claras y digna de respeto la Religión católica que profesais, atrayendo á ella muchos de los que no conocen su verdad y belleza. Ni es menor nuestra satisfacción á vista del interés que habéis mostrado y seguís mostrando por aliviar la angustiosa situación en que han colocado al venerable Jefe de la Iglesia, y Vicario de Jesucristo, los declarados enemigos de ese poder temporal que Dios le ha concedido para el libre y conveniente ejercicio del supremo espiritual, en beneficio de todos los fieles católicos. Reconociendo también el bondadoso Pío IX esta vuestra solicitud, y vuestras oraciones, y vuestros gemidos en días de inminente peligro no muy lejano, ha expresado generalmente su gratitud y contento en la tierna alocución pronunciada en el consistorio habido el día 20 del último diciembre; además de haberos significado por conducto de su muy reverendo y excelentísimo Nuncio en estos reinos, en cuánto estimaba vuestras larguezas, siempre inagotables cuando se trata de que sirvan para sostener, no solo el decoro de su dignidad, sino la causa en que está simbolizada la civilización, la libertad y la paz del mundo.

Interesados como estáis en el triunfo de tan noble causa, os exhortamos á que procureis de cada día mantener en vuestros católicos pechos el santo fuego de ese Catolicismo; que se revele, no solo en las palabras, si también con las obras y con vuestros sacrificios, si son necesarios; que la adhesión á la doctrina y enseñanza de la Iglesia, madre de vuestras almas, os mantenga á todos en la unidad de fe y de miras; que la palabra de su augusto Jefe sea para vosotros decisiva en el creer y en el modo de proceder, siguiendo lo que el mismo propone, y desechando lo que reprobaba y condena. Así marchareis unidos á vuestros Pastores; y aun que los tiempos sean difíciles, y grandes los peligros que se atraviesan en el camino, siguiendo dóciles á la voz de vuestros legítimos conductores y guías espirituales, tendréis la dicha de perseverar fieles en la verdad y en el amor á la virtud, hacia las que os llaman el ardor del sentimiento cristiano, el amor sagrado de la justicia, la nobleza del alma con la firmeza de vuestro carácter. Para confirmarnos en estas dichosas disposiciones os damos con toda la efusión de nuestro corazón la bendición pastoral en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

De nuestro Palacio episcopal de Barcelona día de la Purificación de la Inmaculada Virgen María, 2 de febrero de 1868.—Pantaleón, Obispo de Barcelona.—Por mandado de S. E. I. el Obispo mi Señor, Dr. Lázaro Bauluz, Canónigo Secretario.

## PARTE EXTRANJERA.

DESPACHOS TELEGRÁFICOS.

Paris, 7.  
El art. 3.º de la ley sobre la prensa ha sido devuelto á la comisión.  
La Cámara italiana sigue discutiendo los presupuestos.

Un telegrama de Nueva-York dice que el presidente Johnson ha sancionado la ley suprimiendo el impuesto sobre el algodón.

Nuestros lectores saben haberse promulgado ya en Francia la ley para la nueva organización militar del imperio.  
Con la nueva ley militar el ejército francés se compondrá, pues, de 1.200.000 hombres, cifra que se propuso el Gobierno desde un principio y que puede descomponerse en la forma siguiente: ejército permanente 550.000 hombres, reserva 250.000, Guardia nacional movilizada 400.000. El total que representan estas fuerzas estará dispuesto para la próxima primavera, pues para que el ejército regular llegue al efectivo de 800.000 hombres bastará que el Gobierno diga que hay necesidad de ha-

cer una quinta extraordinaria, así como para que pueda organizarse desde luego la Guardia nacional movilizada, la ley que á ella se refiere tiene efecto retroactivo obligando á formar parte de dicha institución á todos los jóvenes que por suerte ó sustitución se libraron del servicio militar en los últimos cuatro años.

El partido de la fusión, que equivalía en Portugal á lo que era la unión liberal en España, ha tomado resueltamente el nombre del partido progresista, organizando su centro electoral.

El partido ministerial se llama también el progresista. La verdad es que en Portugal, como en otros países, los partidos están completamente desorganizados y son la ruina del país.

La terrible erupción del Vesubio hace pocos meses ocurrida, y que no ha cesado por completo, coincidió con los terremotos que destruyeron la isla de Santhomas, causando en Puerto-Rico no pocos males. Recordamos esta coincidencia, no sin disgusto, al saber que el Vesubio aumenta de una manera terrible sus erupciones, que ya se creían terminadas.

## EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID, 8 DE FEBRERO DE 1868.

### ERRORES HISTÓRICOS.

GUIZOT.

El *Universal* nos dispensa también el honor de dar cuenta á sus lectores de los artículos publicados por *El Pensamiento* sobre errores históricos; pero siguiendo la costumbre de contestar, adoptada por varios periódicos, forma un *totum revolutum*, con el *Compendio de historia de Francia*, por el Padre Loricet, los crónicas y leyendas, y Guizot, Mignet, Montesquieu, Gibbon y cuantos nombres de historiadores le han venido á la memoria al escribir su artículo *calamidad corriente*. Los lectores de *El Universal* han sabido antes que nosotros que «Guizot y Mignet; Montesquieu y Gibbon; Sismondi y Cantú; Vico y Muller, Agustín Thierry y Ranke; Niebuhr y Burke, y tantos y tantos que no han sabido escribir de historia, son dignos de acabar sus días en un manicomio, frase del ilustrado historiador de los errores históricos.»

Nuestros lectores saben perfectamente que no hemos tratado de llevar á manicomio ni dicho que fuesen dignos de él ninguno de los citados historiadores: si están comprendidos en la categoría de escritores de quienes hablamos, *El Universal* lo dice, no nosotros. Mas alguno de estos historiadores que *El Universal* mezcla y confunde como si no los hubiera leído, nos merece especial cariño, porque no sólo le debemos instrucción, sino el placer que se encuentra en una buena lectura. Otros son dignos de respeto por los servicios que con su estudio é imparcialidad han prestado á la causa de la Iglesia, y los demás, carecen, en efecto, de muchas dotes que debían adornar á un historiador, aunque tienen é han tenido el talento que falta á los más de los historiadores á quienes nos referíamos.

Guizot, el primero en la lista de historiadores de *El Universal*, escribió la *Historia de la civilización europea*, faltando á la verdad en muchos puntos, fuese á sabiendas ó por no conocerla, apreciando los hechos que aduce á veces de una manera indigna de su ingenio, á veces contradiciéndose á sí mismo: ahí están los cuatro tomos del *Protestantismo comparado con el Catolicismo*, en sus relaciones con la civilización europea, que en comprobación de lo que ahora decimos y contra las aseveraciones y juicios de Guizot escribió el ilustre polemista español D. Jaime Balmes, á cuya obra ni el ex-ministro de Luis Felipe ni otro alguno ha contestado.

Sin embargo, Mr. Guizot, con ser protestante y estar empeñado en sincerar y glorificar el protestantismo, («esfuerzo extraordinario hecho en nombre de la libertad, insurrección de la inteligencia humana,» habla de la Iglesia con mayor respeto que esos otros historiadores, protestantes ó malos católicos, que se echan á escribir buscando en índices y diccionarios todas las calumnias y paparruchas, pasando por alto los artículos en que el error es vencido y la calumnia deshecha. Guizot dice que «no es verdad que en el siglo XVI la corte de Roma fuese muy tiránica; que los abusos propiamente dichos fuesen entonces mas numerosos y mas graves que antes; que por el contrario, nunca quizás el gobierno eclesiástico se había mostrado mas condescendiente y tolerante y mas dispuesto á dejar marchar las cosas mientras no se le disputasen su poder y sus derechos.»

Guizot dice que atribuir la abolición de la esclavitud á las máximas de la sociedad cristiana, es adelantar demasiado; pero él mismo asegura que «nadie ignora con cuánta obstinación la Iglesia combatió los vicios del estado pagano, la esclavitud por ejemplo.»

Guizot no debe figurar entre otros historiadores protestantes que al tomar la pluma se propusieron decir la verdad, y tuvieron el valor de buscarla sin prevenciones y de proclamarla sin vacilaciones ni ambages después de hallada, publicando las biografías que pudieran llamarse defensas de los Papas y otros institutos católicos; por el contrario, Guizot, sin tiempo ni voluntad para revolver archivos, escribió su historia, fiándose en sus recuerdos de los primeros años y con el deliberado propósito de sacar de la historia la apología del protestantismo: cuando le faltan datos, la imaginación los suplente. Es uno de esos historiadores que no pretenden sacar grandes pensamientos del conocimiento de los hechos, sino acomodar los hechos á su pensamiento. Guizot hubiera podido sin duda ser un gran historiador; pero en las circunstancias y con el objeto con que escribió, no pasa de un



## CORREO DE HOY.

Nuestros lectores recordarán que días pasados nos dijo el telegrama que el Gobierno de Florencia había prohibido que en las iglesias de Italia se cantara un *Te Deum* mandado por el Romano Pontífice para dar gracias á Dios por el triunfo de Mentana; tampoco habrán olvidado que el telegrama se desmintió á sí propio el día siguiente. Hé aquí lo que sobre este asunto cuenta la *Unión Católica*:

«En una carta que últimamente ha escrito el general Alfonso Lamarmora á sus electores, habla del modo de resolver la cuestión romana, y les manifestaba el deseo de meditar y examinar sobre la fórmula *La Iglesia libre en el Estado libre*. El ministro Menabrea ha aceptado el consejo, ha meditado y examinado la fórmula, y después de la meditación y examen ha prohibido que se eleven á Dios pases por la Iglesia y por el Papa por la razón de que tales pases son antinacionales.

«Nadie ignora que Pío IX, en su Enciclica de 17 de Octubre de 1867, mandó á todos los Obispos del orbe católico hacer un triduo, no solo por la Iglesia y por el Papa, sino también por los impíos, á fin de que Dios les saque del abismo de la iniquidad en que se hallan sumergidos. Este triduo se celebró en casi todas las ciudades de Italia con gran consuelo de los fieles y con vivísimo afecto hacia el romano Pontífice. Mas después de cuatro meses, Menabrea se acordó que era antinacional rogar á Dios en Italia por el triunfo de la Santa Sede y por la conversión de los pecadores, y en consecuencia, Cadorna ha mandado á los prefectos que primeramente aconsejen la suspensión del triduo, y lo que prohiban, si la autoridad eclesiástica no quiere aceptar el consejo. Por esto, sin duda, una partida de facinerosos perturbó en Padua la bella solemnidad, como lo referimos más adelante.

Y ¿qué ha sucedido en Padua? Hé aquí un ligero extracto de la larga y desconsoladora descripción que hace el mismo periódico católico de Turin:

«Los periódicos de Padua, Venecia y Milán nos participan el acto de barbarie cometido en Padua. El 31 de Enero debía principiarse el solemne triduo ordenado por el Papa en todo el orbe católico por el triunfo de la Sede apostólica. Este triduo se ha celebrado en España, Italia, Francia, Bélgica y hasta en Inglaterra y Alemania y lo habrá sido también en Constantinopla y en América.

En Padua las cosas pasan de otro modo. «El triduo de los Padres y demás católicos se ha opuesto al triduo de los demagogos, y el triduo de los demagogos fué verdaderamente digno de su nombre. Las iglesias invadidas, los altares destruidos, los sacerdotes ultrajados, las insignias episcopales pisoteadas, las puertas del Seminario destruidas, las más horribles violencias cometidas contra los seminaristas reunidos en la capilla; hé aquí los resultados del triduo de los demagogos de Padua. ¡Obras dignas de sus autores!

Para evitar toda exageración, la *Unión Católica* reproduce las designaciones de los periódicos antes citados, los cuales no son nada sospechosos.

Hasta aquí la *Unión*. El *Diario* de Padua, periódico ministerial, dice en su número de 1.º de Enero lo que sigue:

«Hace algunos días, nuestro Obispo dirigió á todos los párrocos de la ciudad y de la diócesis una circular, invitándoles á celebrar un triduo en acción de gracias por el triunfo de la Iglesia Romana, y confidencialmente les decía que el triduo se celebraba por la derrota de Mentana. Esta restricción del objeto á que se refería el triduo, fué confirmada por algunos párrocos, y entonces comenzó á manifestarse la desaprobación general.»

El *Diario* de Padua afirma por de pronto una inexactitud. El Obispo de Padua no hizo, como asegura *L'Unità*, ni tenía necesidad de hacer ninguna advertencia confidencial. Los motivos del triduo están expuestos con toda claridad en la Enciclica de Su Santidad, que ordenó la celebración del triduo. El *Diario* de Padua trata de excusar á los criminales, pero es inútil; los acontecimientos se habían propuesto á los *espiritus fuertes* de Padua por la *Cronaca grigia*, y todo estaba dispuesto al efecto.

«Se esperaba, añade el *Diario* de Padua, que la prudencia de la autoridad eclesiástica evitara los sucesos; pero la intemperancia del Clero se mostró tan desenfrenada, que días antes anunciaba en las iglesias la ceremonia y el día destinado á su celebración, la anunció echando las campanas á vuelo.

A las cuatro de la tarde del día señalado, hora en que debía principiarse la celebración del triduo, una multitud de estudiantes y ciudadanos se hallaba en la plaza de la Catedral con ánimo de impedir la solemnidad. Los estudiantes abandonaron el campo, cediendo á los ruegos del Rector de la Universidad, precedidos del cual fueron á esta. Mas los ciudadanos libres recorrieron en tumulto las iglesias principiando por la catedral en donde impidieron la celebración del triduo y cometieron mayores tropelías que en los demás templos. Después la multitud pasó al Seminario, como lo había indicado la *Cronaca grigia*, derribó las puertas, penetró en la Capilla y maltrató á todos los que allí había congregados para la celebración del triduo. Los sacerdotes y seminaristas quisieron defenderse pero no pudieron y se vieron precisados á huir. El prefecto hizo cuanto pudo por evitar tan tristes acontecimientos y entre las medidas que tomó fué la de mandar que se suspendiese el triduo.

No sabemos qué habrá sucedido en los días siguientes. Pero ¿nos dirá aun *La Epoca* que andamos exagerados en esta narración? Cuando el *Diario* de Padua se expresa en los términos que nuestros lectores ven, ¿de profanaciones, y de sacrilegios, y de atropellos no se habrán cometido por los demagogos paduanos?

## ULTIMA HORA.

(Telegramas de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.)

(Agencia Havas-Bullier.)

Paris, 7.

El Cuerpo legislativo ha devuelto á la comisión los artículos 4, 5 y 6 del proyecto sobre imprenta, aprobando los 7, 8 y 9.

Picard y Favre han apoyado vivamente el establecimiento del jurado.

El Gabinete helénico ha presentado su dimisión: Bulgaria ha sido encargada de formar el nuevo ministerio.

Berlin.

M. de Bismark va á hacer un corto viaje para restablecer su salud.

Bolsa de Paris del 7.

3 por 100 interior español á 34.

Idem exterior á 38.

3 por 100 francés á 68, 65.

4 1/2 id. á 100.

Consolidado inglés de 93 1/2 á 5/8.

Paris, 8.

Copenhague, 7.—Asegúrase que la conclusión de las negociaciones relativas al Schleswig está retrasada á consecuencia de grandes dificultades recíprocas.

Beust dice que la situación es pacífica, pero se opone á disminuir el ejército.

El presupuesto militar ha sido adoptado.

elegante y más ó menos ingenioso sectario compilador.

A pesar de esto, la verdad es á veces tan clara que el hombre se ve precisado á reconocerla y no puede negarla si conserva en su conciencia alguna moralidad: de ahí las preciosas confesiones que se le deslizan debajo de la pluma á Mr. Guizot y que Balmes supo aprovechar con tanto talento y oportunidad en su célebre *Protestantismo*, historia que vivirá ciertamente cuando ya nadie se acuerde de la del protestante francés.

Esta buena fe, esta intuición forzada de la verdad ó el valor de manifestarla han faltado á muchos otros historiadores.

La historia de Guizot es mala; pero son peores otras historias y los artículos de ciertos periódicos.

A Guizot le compadecemos por los errores y preocupaciones en que le envolvieron su educación y su posición; pero nos inspira respeto su talento y á veces su buena fe: en otros no hallamos nada que respetar ni casi que compadecer.

FRANCISCO DE ASIS AGUILAR.

Hace notar un periódico, con mucha razón, los vigorosos esfuerzos que en las circunstancias actuales está haciendo la caridad privada para remediar en lo posible la escasez.

Estos esfuerzos son propios de una nación eminentemente religiosa, y demuestran la necesidad de fortalecer más y más la fe de donde brotan sentimientos tan hermosos como la mayor espontaneidad y sin excitaciones del Gobierno.

«El alto precio de los artículos de primera necesidad, y la falta de trabajo en los campos, dice *La Epoca*, que es el periódico aludido, había colocado á un número considerable de jornaleros en la situación más aflictiva, particularmente en las provincias andaluzas. Los recursos oficiales hubieran sido insuficientes para contener el desarrollo de la miseria, pues sabido es que la cantidad consignada en nuestros presupuestos con destino á calamidades públicas, apenas basta para acudir, en los primeros momentos, al remedio de las grandes catástrofes; pero la caridad individual ha suplido esta falta, y los jornaleros desvalidos han encontrado protección y amparo en los propietarios, que vienen sosteniendo á su costa desde hace algún tiempo á centenares de familias, con una espontaneidad superior á todo encarecimiento. Hemos tenido ocasión de leer cartas de distintas poblaciones de Andalucía, y de hablar con personas recién llegadas de aquellas provincias, y todas las noticias están contestes en este punto: cada cual, con arreglo á sus medios, ha recogido un número de trabajadores, á los que facilitan lo necesario para su subsistencia, habiendo muchos que sostienen 30 ó 40, sin que un solo labrador haya rehusado asociarse á este acto benéfico, aunque haya debido imponerse privaciones y sacrificios sensibles.»

¿Cuánto facilita para resolver los más áridos negocios de Estado, los más graves problemas de la gobernación del país, el fomento de la religión única verdadera! Si la plaga del protestantismo se hubiese propagado en el reino en el siglo XVI; si no la hubiese puesto tan eficaces remedios, la previsora severidad de Felipe II, quizás seríamos hoy una nación separada del remio de la Iglesia, y estaríamos recogiendo los

desdichados frutos naturales de la rebeldía protestante, uno de los cuales es el egoísmo. En Inglaterra, por esta razón, el pauperismo es inextinguible, y por lo contrario en España, donde como en todas partes hay pobres, no se conoce aquella lepra de las sociedades constituidas sobre los fundamentos del libre examen. Si entre nosotros llegaran á dominar ciertas ideas al influjo de las cuales quedase destruida la unidad religiosa, no serían tanto los prodigios de la caridad, porque sería mucho menor el número de los que pueden tener caridad.

Y siendo esto cierto, ¿por qué *La Epoca*, en el mismo artículo en que consigna los hechos arriba indicados, insinúa la especie de que no hay necesidad de que existan hoy las comunidades religiosas para que los menesterosos sean caritativamente socorridos? ¿Es sistema? ¿Cree *La Epoca* que en su manera de destruir dicho demasido en favor de un principio, y que por consiguiente necesitaba decir algo siquiera en pro del principio opuesto?

Cierto que hay en España mucha caridad; pero habría tanta sin la influencia de las comunidades religiosas? ¿Habrá tanta el día en que se disminuya el personal del Clero, y con esta disminución coincida la casi completa extinción de los exclaustros?

Habiendo dicho nosotros que Balmes y Donoso Cortés pertenecieron á nuestra escuela, contesta *Las Novedades* que en cuanto á Balmes la cuestión trabaja concebirla el atrevimiento de los neos en contarle por escritor de su comunidad.

¿Aprueba *Las Novedades*, como nosotros aprobamos, todos los escritos religiosos y políticos que han salido de la pluma del ilustre escritor del *Protestantismo comparado con el Catolicismo* y de *El pensamiento de la nación*?

Si la respuesta es afirmativa, entonces desde hoy tendremos el gusto de contar á *Las Novedades* entre los periódicos llamados neos.

Si la respuesta es negativa, entonces el periódico progresista tiene que reconocer el atrevimiento de los que intentan arrebatarnos hasta nuestros maestros.

«Balmes, prosigue, es una alta inteligencia, y en muchas ocasiones un libre pensador.»

Como buen católico y buen sacerdote, Balmes sometió sus obras al juicio de la Iglesia, combatió enérgicamente la libertad del pensamiento proclamada por Lutero, y su *Protestantismo comparado con el Catolicismo* es una prueba patente del horror que le inspiraba la secta de los libres pensadores. ¿Cuáles son, pues, las ocasiones en que, según *Las Novedades*, Balmes es un libre pensador? Enseñar al que no sabe es una obra de misericordia; hágnos *Las Novedades* la buena obra de indicarnos aquellas ocasiones y se lo agradeceremos con todo el corazón.

«En cuanto á Donoso Cortés, continúa el diario progresista, ya es otra cosa. La reputación del señor Donoso es de esa clase de reputaciones usurpadas, hijas del espíritu de partido; que en manera algu-

na pueden pasar á la posteridad. Sus ideas estrambóticas, su estilo de relumbrón, sus paradojas, sus sofismas, y sobre todo la ridiculez y la soberbia de sus doctrinas político-religiosas, hacen del Sr. Donoso Cortés uno de esos tipos dignos de la pluma de un Cervantes ó de un padre Isla. En el pontificio de los neos hay algo de D. Quijote y de Fray Gerundio.»

La reputación del Sr. Donoso es una de las más sólidas de nuestro tiempo; es una de las pocas que pasarán á la posteridad. Los escritores católicos de toda Europa estudian sus obras y las admiran, porque son del género de las que no envejecen nunca; son de esas que, como las de De Maistre, brillan más con el transcurso del tiempo.

Su famoso *Ensayo* es una maza que cae constantemente sobre el liberalismo. El liberalismo no se lo perdonará jamás, y por eso le llama estrambótico, paradójico y sofista.

Consolémonos, sin embargo, con que *Las Novedades*, en medio de todo, no conocen á Donoso ni á Balmes ni por el forro.

Los diputados por Asturias han celebrado una reunión con objeto de ponerse de acuerdo sobre los medios de obtener el mejor resultado posible en favor de diversos intereses de su provincia, y muy especialmente para que cuanto antes se consiga la restauración del santuario de Covadonga.

Dícese que el Sr. Salamanca tomará parte en el Senado en la discusión del proyecto de ley sobre el Banco.

Hoy pasará al Senado el proyecto de ley sobre vagancia aprobado por el Congreso.

Dice anoche un periódico:

«Hoy á las dos, según costumbre de todos los viernes, ha estado á despachar con S. M. el señor ministro de Hacienda y ha asistido al Consejo celebrado esta tarde, con lo cual queda desmentido el rumor de que se hallaba enfermo.»

La fuerza de Guardia rural que se calcula necesaria para el servicio en esta provincia, se aproxima á tres compañías de 120 hombres.

Según dicen de Padron (Galicia), en la primavera próxima se instalarán los frailes dominicos en el convento del Carmen, en donde se están haciendo obras de restauración.

Ayer tarde se reunió en el Congreso la sub-comisión que tiene á su cargo el examen del presupuesto de Gracia y Justicia.

Ha salido ya para su destino el Sr. D. Heriberto García de Quevedo, nombrado ministro plenipotenciario de España en China, y que está acreditado también en los reinos de Siam y del Japon.

Dice *La Política* que en la conferencia celebrada entre la comisión del Congreso y los representantes del Banco, quedó convenido hacer algunas modificaciones en el proyecto, con las cuales es aceptado por la parte más directamente interesada en el asunto.

Redúcese ellas á hacer potestativo, en vez de preceptivo, el empleo en títulos de la deuda del capital sobrante y del fondo de reserva del Banco, previa consulta á la junta general de accionistas, y á los que los directores procurarán persuadir de la conveniencia de acceder á los deseos del Gobierno.

20

LA SOPA.

2.º Que la limosna dada de ese modo degrada al hombre.

3.º Que fomenta la holgazanería, porque se habilitan á ella los holgazanes y todos los pícaros que no quieren trabajar.

4.º Que en todas las publicaciones donde había muchos convenientes había también muchos vicios.

5.º Que se daba sin discernimiento de personas, ni saber si á necesidad de ellas era verdadera ó ficticia.

Estos son los argumentos que recuerdo haber oído ó leído en diferentes ocasiones contra la limosna en general y contra la sopa en especial. Confieso francamente que no recuerdo ninguno otro. Creo también que si lo hay podrá reducirse á estos, y que será, más bien que de ideas distintas, un tejido de palabras equívocas, de esas que se buscan expresamente para enturbiar lo que está claro, ó decir sobradamente lo que no hay valor ó permiso legal para decir sino de una manera ennoblecida y ambigua. A cada uno de ellos responderé por aparte, principiando por el celebre y manoseado argumento de la llamada *buzafia*.

¿Quién no ha oído hablar de la *buzafia* de los conventos?

¿Quién no ha visto puesta en escena hasta en los dramas románticos ó en caricaturas en alguna novela? ¿Quién no sabe alguna anecdota más ó menos picante acerca de ella?

¿Cuántos y no buenos cuentecillos aprendidos durante la juventud! Guardámonos muy bien de dar pábulo aquí á estas burradas, hijas en su mayor parte de la travesura estudiantil; pero continuadas después y dilatas con seriedad por personas que salieron de la juventud muchos años ha.

Observemos ante todo que este, y lo mismo los otros argumentos no atacan ya á la esencia de la costumbre caritativa, sino á la forma; de manera que mientras razones consiguientes en los dos puntos anteriores pudieran que la costumbre de dar la sopa á los pobres en la puerta de los conventos, era esencialmente buena y conforme al Derecho Divino natural y positivo, los argumentos en contra vienen á decir, cuando más, que la forma de darla no era la mejor, ó que podía darse de mejor manera.

Esto es ya bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.

Yo os voy á bajar mucho la puntería, y batiase en retirada.



## DICTAMEN DE LA COMISION SOBRE EL PROYECTO DE LEY DE EMPLEADOS.

## (Conclusion.)

Para el caso de fallecimiento en viaje ó travesía ó á la llegada antes de la toma de posesion personal, esta se reputará tomada el día del embarque, con todos los derechos que de la misma procedan. No se satisfará el sueldo á los empleados, después de tomada la posesion, si no estuvieren provistos del título correspondiente, en la forma que señalen los reglamentos.

## CAPITULO VIII.

## De la traslación de los empleados.

Art. 32. El Gobierno podrá destinar con ascenso ó sin él á los empleados de la administracion al cargo de su clase ó negociado de su ramo que juzgue oportuno, ó trasladarlos con las limitaciones contenidas en las reglas siguientes:

Primera. Los de la cuarta categoría no serán trasladados contra su voluntad fuera del pueblo en que residan, á no mediar justa causa, que se expone en Consejo de ministros.

Segunda. Los empleados de cualquier categoría y clase no podrán ser trasladados sin los mismos requisitos más de una vez en el año, si la traslación obligase á mudar de residencia.

Tercera. No se trasladará á destino que requiera fianza á ningún empleado sin su consentimiento.

Cuarta. Los empleados cuya cesacion estuviere sujeta á las reglas del art. 35 no serán trasladados contra su voluntad á destinos de libre remocion.

Quinta. Los de la Península no serán trasladados á Ultramar, ni los de Ultramar á la Península sin su aquiescencia.

Sexta. Los de Ultramar que sirvieran en cualquiera de las islas Antillas, Filipinas ó Fernando Poo, no podrán ser trasladados de unas á otras sin su consentimiento.

Sétima. No se trasladará á ningún empleado de destino que no exija condiciones especiales á otro que las requiera, según el reglamento del ramo respectivo, ni de un destino á otro de sueldo ó categoría diferente.

Serán aplicables estas reglas, aunque la traslación se verifique con ascenso, si obligare á cambiar de domicilio y el empleado lo renunciare.

Art. 33. Quedan prohibidas las permutas de destinos en todas las carreras del Estado. Los empleados dependientes de un mismo ministerio podrán, sin embargo, solicitar su traslación recíproca, y el ministro podrá acordarla cuando le juzgue conveniente y no fuese contraria á las prescripciones de esta ley.

La traslación de la dependencia de un ministerio á la de otro no podrá acordarse sino en las causas que puedan proveer con arreglo á esta ley, en empleos de otras carreras.

Art. 34. El Gobierno podrá en casos excepcionales encomendar á un funcionario de la administracion del Estado el desempeño en comision de un destino de la categoría inmediatamente superior á la suya, pero con el sueldo que al mismo empleado correspondiera según su clase; y si tuviese que salir del punto de su residencia, con una gratificación además que nunca ha de exceder del sueldo señalado al destino superior. Estas comisiones no podrán durar más de seis meses.

## CAPITULO IX.

## De la cesacion de los empleados.

Art. 25. Los empleados de la administracion comprendidos en el art. 1.º de esta ley cesarán en sus destinos:

Primero. Por supresion ó reforma.

Segundo. Por falta de moralidad ó de subordinacion.

Tercero. Por vicios, defectos ó actos que hagan desmerecer en el concepto público.

Cuarto. Por falta de aptitud, aplicacion ó celo.

Quinto. Por renuncia ó abandono.

Sexto. Por mezclarse en contiendas políticas, escribiendo en periódicos ó de cualquiera otro modo que no sea la emision de su voto, si lo tuviere, en las elecciones, ó la ejecucion de actos propios de su cargo ó ordenados por sus superiores.

Sétimo. Por pertenecer los empleados de la primera y segunda categoría á la direccion ó administracion de sociedades anónimas de crédito ú otras.

Para que la cesacion tenga lugar por cualquiera de estas causas, se instruirá expediente, en el cual se consignará por quien corresponda el motivo de ella, y acordará el Gobierno lo que á su juicio proceda, oyendo á la seccion correspondiente del Consejo de Estado, al interesado por escrito y á su jefe inmediato.

Art. 36. Cuando se reforme la planta de cualquiera de las dependencias del Estado se dará cabida en la nueva á todos los empleados de la antigua en cuanto puedan tenerla en su misma categoría y clase.

Si en la ley de presupuestos se disminuyese el sueldo de un destino, no perderá el que desempeña la categoría que hubiese obtenido legítimamente en él, entendiéndose que desde entonces lo sirve en comision.

Si se aumentare dicho sueldo, el empleado que sirva el destino continuará desempeñándolo en comision con su sueldo anterior hasta que le corresponda ascender por orden de antigüedad.

Art. 37. El empleado de cualquier carrera á quien se procesare criminalmente cesará por el mismo hecho en el ejercicio de su cargo, desde que se le tome la declaracion indagatoria, si en seguida no se consultare el sobreesimento, hasta que se dicte sentencia firme, percibiendo entre tanto la mitad del sueldo.

Cuando esta sentencia no sea de libre absolucion, podrá considerarse como circunstancia de las que hacen desmerecer en el concepto público para los efectos del art. 35.

Si la causa se hubiese formado por delito que se suponga cometido en el ejercicio de funciones públicas, y la sentencia ejecutoria fuere de absolucion libre, se satisfará al empleado la parte del sueldo que haya dejado de abonarsele.

Art. 38. El empleado en la administracion de la península, comorendido en el art. 1.º de esta ley, que sin justa causa renunciare su cargo ó negociado, ó no tomare posesion de él, ó dejare de presentarse á servirlo después de una licencia en el término legal correspondiente, se entenderá que renuncia á su carrera, será excluido del escalafon, no podrá volver al servicio y perderá su derecho á cesantia, si lo tuviere, aunque no á la jubilacion que le corresponda.

Esta disposicion será tambien aplicable al empleado ó cesante de la Península que renunciare ó dejare de tomar posesion oportunamente, sin justa causa, del destino para que fuese nombrado en la misma Península, siempre que sea de la misma categoría y sueldo que hubiere disfrutado y del ramo en que hubiere servido dos años.

Se entenderá por justa causa para los efectos de este artículo la imposibilidad física, temporal ni perpétua. En el primer caso deberá el cesante con sueldo justificar su inutilidad todos los meses antes de firmar la nómina de su haber; en el segundo será jubilado si tuviere derecho á ello, y si no lo tuviere, se le excluirá del escalafon y no volverá á ser colocado, aunque percibirá su haber de cesante.

Art. 39. El empleado ó cesante que fuese excluido del escalafon por renuncia ó por no presentarse á tomar posesion oportunamente del destino que se le confiera, y no le correspondiera, según lo prescrito en el párrafo segundo del artículo anterior, podrá reclamar de esta determinacion al ministro respectivo en el término de un mes; y si justificase su derecho, se le rehabilitará, previa audiencia de la seccion correspondiente del Consejo de Estado. Si el ministro conculcare su anterior resolucion, podrá el interesado alzarse de ella á la via contenciosa ante el mismo Consejo.

Art. 40. Los empleados de Ultramar podrán renunciar sus destinos en cualquier tiempo, sin perjuicio de su carrera ni de los derechos pasivos que les correspondan.

Primero. Por enfermedad justificada en la forma que determinen los reglamentos.

Segundo. A los diez años de servicio efectivo en cualquiera de las provincias de Ultramar.

Al que sirviendo en cualquiera de las islas de Ultramar fuere nombrado para otro destino de su clase y ramo en la misma, y lo renunciare, sin ninguna de las causas expresadas en este artículo, se aplicará lo dispuesto en el 38.

Art. 41. La disposicion del art. 38 no será aplicable:

Primero. Al empleado activo ó cesante de la Península que fuese nombrado para un destino de Ultramar.

Segundo. Al empleado activo de Ultramar que lo fuese para destino en la Península ó en diferente region de aquellos dominios.

Tercero. Al empleado activo ó cesante en destino sujeto á las reglas del art. 35 que fuese nombrado para otro de libre remocion.

Cuarto. Al que fuere nombrado para destino que requiera fianza.

Quinto. A los empleados de la cuarta categoría que contra su voluntad y sin el requisito expresado en la regla primera del art. 32, fuesen destinados á otro pueblo.

Sexto. Al que fuese trasladado más de una vez en el espacio de un año.

Art. 42. El Gobierno podrá remover libremente en la Península:

A los subsecretarios de los ministerios.

A los directores generales de los mismos ministerios.

A los gobernadores.

A cualesquiera otros funcionarios que ejerzan autoridad con mando activo.

En Ultramar podrán tambien ser libremente removidos:

Los jefes superiores de administracion.

Los gobernadores políticos de departamento ó distrito.

## CAPITULO X.

## De las licencias.

Art. 43. Los empleados de todas las carreras podrán obtener licencia una vez al año por término de cuarenta y cinco dias para dentro de la Península y de noventa dias para el extranjero, por conducto y con informe de sus jefes respectivos. Estos términos podrán prorrogarse una sola vez por quince dias el primero y por treinta el segundo; pero durante la prórroga solo se abonará al empleado la mitad del sueldo.

Art. 44. Los empleados de Ultramar podrán obtener licencia para venir á Europa, los de las Antillas y Fernando Poo por ocho meses y los de Filipinas por doce, contándose uno y otro término desde la llegada del interesado al primer punto de arribo.

Las licencias que se concedan á dichos empleados para dentro de las islas ó provincias en que sirvan no excederán de cuarenta y cinco dias ni se prorrogarán por más de veintidos, en caso de enfermedad justificada.

En cuanto al modo de conceder unas y otras licencias, causas por que puedan otorgarse, tiempo en que pueden pedirse y sueldo que han de disfrutar los que las obtengan, se observará lo que disponen los reglamentos.

## CAPITULO XI.

## De las correcciones disciplinarias.

Art. 45. Los empleados podrán ser corregidos disciplinariamente con:

Represion privada.

Represion pública.

Suspension de sueldo.

Suspension de empleo y sueldo.

Postegacion en la escala.

Separacion motivada.

Tambien podrá acordarse la suspension preventiva del empleado cuando se forme expediente para su separacion ó fuese procesado por los tribunales.

Los reglamentos determinarán los casos en que hayan de imponerse estas correcciones, la manera de aplicarlas y sus efectos.

## DISPOSICIONES GENERALES.

Art. 46. Por los ministerios respectivos se dictarán los reglamentos necesarios para la ejecucion de esta ley, oyendo al Consejo de Estado en pleno.

Art. 47. Quedan derogadas todas las disposiciones anteriores que se opongan á esta ley.

Palacio del Senado 3 de Febrero de 1868.—Antonio Benavides, presidente.—El M. de O'Gavan.—El Conde de Velarde.—El Conde de Torre Mata.—Juan Martin Carramolino.—El Marqués de Villaveja.—Francisco de Cárdenas, secretario.

## PARTE RELIGIOSA.

SANTO DE HOY. San Juan de Mata, fundador, SANTO DE MAÑANA. Domingo de Septuagésima: Santa Polonia, virgen y mártir.

## CULTOS.

Se gana el Jubileo de Cuarenta horas en la iglesia de monjas benedictinas de San Plácido, calle de San Roque, donde por la mañana habrá misa mayor y por la tarde vísperas de Santa Escolástica y reserva.

VISITA DE LA CORTE DE MARIA.—Nuestra Señora del Rosario en Santo Tomás.

Se reza de la presente Dominica segunda clase, con rito semidoble y color morado, haciéndose conmemoracion de Santa Polonia, virgen y mártir.

SANTO DEL LUNES 10. Santa Escolástica, virgen, y San Guillermo, duque de Aquitania.

## CULTOS.

Se gana el Jubileo de Cuarenta Horas en la iglesia de monjas de San Plácido, donde se celebrará á su fundadora Santa Escolástica, con misa mayor y sermon y por la tarde completas y procesion de reserva.

En la capilla del Santísimo Cristo de la Salud estará su Divina Majestad expuesto de diez á doce por la mañana y de seis á ocho por la noche en obsequio á su Divino titular Jesús Crucificado.

VISITA DE LA CORTE DE MARIA.—Nuestra Señora de Loreto en su iglesia, la del Sagrario en San Ginés, ó la de la Vida en Santiago.

Se reza de Santa Escolástica, con rito doble y color blanco.

## REAL OBSERVATORIO DE MADRID.

Observaciones meteorológicas del día 7 de Febrero de 1868.

HORAS.	Barómetro reducido á 0º en milímetros.	TEMPERATURA EN GRADOS.		Direccion del viento.	Estado del cielo.
		Ream.	Centig.		
6 m.	710,95	0,1	0,1	E.....	Casi d.º
9 m.	711,41	2,1	2,6	E.....	Casi cub
12 d.	711,00	6,9	8,6	S.....	Nubes.
3 t.	709,36	10,6	13,3	O. S. O.	Casi d.º
6 t.	709,21	6,6	8,2	S. O.....	Despej.
9 n.	709,32	3,9	7,4	O.....	Cubier.

Temperatura máxima del día... 11º 0  
Temperatura máxima al sol... 16º 0  
Temperatura mínima del día... 0º 7

Evaporacion en las 24 horas... 1,7 milímetros.  
Lluvia en id. id. .... »

## DIRECCION GENERAL DE TELEGRAFOS.

Segun los partes recibidos, ayer no ha llovido en ninguna provincia.

## MERCADO DE MADRID.

ENTRADO POR LAS PUERTAS EN EL DIA DE HOY.

6,836 arrobas de trigo.  
279 idem de harina.  
7,188 idem de carbon.  
98 vacas, que componen 43,835 libras de peso.  
393 carneros, que hacen 8,832 libras de id.  
161 cerdos degollados ayer, que hacen 34,194 libras de id.

PRECIOS DE GRANOS EN EL DIA DE HOY

Cebada de 3,300 á 3,600 escudos fanega.  
Trigo vendido..... 4,799 fanegas.  
Precio medio..... 8,027 escudos

Madrid, 7 de Febrero de 1868.—El alcalde-corregidor, el marqués de Villamagna.

## BOLSA DE MADRID.

Cotizacion oficial del 7 de Febrero de 1868.

FONDOS PÚBLICOS.  
Títulos del 3 por 100 consolidado, publicado, 35-30, 35 y 30; á plazo, 35-35, 30 y 35 fin cor. vol.

Idem del 3 por 100 consolidado exterior, publicado, 37-30.  
Idem del 3 por 100 diferido, publicado, 33-80.  
Deuda amortizable de segunda clase, no publicado, 17-00 d.

Material del Tesoro no preferente con interés, no publicado, 98-50.

Deuda del personal, no publicado, 25-45.

Obligaciones municipales al portador, de 1.000 reales, publicado, 66-00 y 66-50.

Billetes hipotecarios del Banco de España, publicado, 96-50.

Idem en carpetas provisionales al portador, de la segunda serie, no publicado, 88-40.

Acciones de carreteras generales, 6 por 100 anual, emision de 1.º de Abril de 1850, de 4.000 reales, no publicado, 90-00.

Idem id. de 2.000 rs., no publicado, 93-00 d.

Idem id. de 1.º de Junio de 1851, de 2.000 reales, id., 92-50 d.

Idem, id. de 31 de Agosto de 1852, de 2.000 reales, no publicado, 77-00.

Idem, id. de 1.º de Julio de 1856, de 2.000 reales, no publicado, 73-30.

Idem de Obras públicas de 1.º de Julio de 1858, de 2.000 rs., no publicado, 73-00.

Idem del Canal de Isabel II, de 4.000 rs., 8 por 100 anual, no publicado, 102-00.

Obligaciones generales por ferro-carriles, de 4.000 rs., publicado, 67-75 y 65.

Acciones del Banco de España, no publicado, 138-00.

## CAMBIOS.

Londres á 90 dias fecha, 49-40.

París á 8 dias vista, 5-14 p.

## BOLSAS EXTRANJERAS.

Londres 4 de Febrero.—Consolidados, 93 1/4.

París 4 de Febrero.—Exterior español, 35-35.—Diferido, 33-80.

## MADRID: 1868.

Editor responsable: D. C. NAVARRO VILLOSLADA.

Imprenta de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL, Pelayo 34, á cargo de R. Lavajos y Arenas.

## CAPITULO III.

## LA BAZOFIA.

Al llegar aquí, oigo decir á los frailes y caballeros de la Tenaza:

—Todo eso está bien. Yo no niego que se deba dar limosna; pero hay modos de dárla. La limosna humilla al pobre, y la bazofia le rebaja. Ha probado Vd. por Derecho Divino, natural y positivo, con las armas de la razon y de la revelacion, que se debe socorrer al necesitado, que no hay derecho á destruir lo sobrante, cuando otros seres iguales viven en la sociedad careciendo de lo necesario. Hasta ese punto estamos conformes, pero la sopa de los conventos nada tiene que ver con eso. Era, y aun es y será, donde subsista, una cosa inhumana y nauseabunda, lo que se llama, una bazofia; una coserreguante, compungida de desperdicios, que tal vez no querrá comer un perro. ¿Qué derecho hay para hacer comer á nuestros semejantes ese residuo de las cocinas, que apenas se echaría á los animales domésticos?

Los frailes eran y son sádicos; lo era su comida, y lo tienen que ser, por necesidad y en grado más eminente, los desperdicios de su comida. Además la sopa de los conventos fomentaba la holgazaneria, y donde quiera que habia conventos pululaban los haraganes.

Hay, pues, contra la sopa de los conventos las razones siguientes:

1.ª Que es sádica y mal sana.

## DE LOS CONVENTOS.

de mujeres, que no alimente hoy día á algunos infelices, que si no fuera por ellos, quizá morirán de hambre. Yo he tenido ocasion de recomendar algunos infelices para recibir este socorro de comida en alguna de esas comedias, y he visto el dolor de algunas madres de familia, cuando se les decía que no habia posibilidad de lograrlo, al menos por entonces.

No deso mal ninguno á esos señores frailes, pero no los vendría mal, para rectificar sus ideas económicas, un mesecito de buen hambre, con el dolor mayor que puede tener un padre de familia, que es, olvidar su hambre, al ver el espectáculo desgarrador de tres ó cuatro hijos pequeños, que piden pan para fundir mas que pan y lloran y se desesperan al ver que no se les da; el pobre padre familiar y extenuado de miseria, que se quita de su boca el último pedacito de pan por darlo á uno de sus pequeños, llora de desesperacion, no por su hambre propia, sino por la de sus hijos, á que él no puede atender.

Y este desgarrado padre no es holgazán, ni menos un inbécil, es un hombre honrado, laborioso, inteligente, que no encuentra donde trabajar, y es español como nosotros, de carne y hueso, y de la misma masa y raza que nosotros, con los mismos deberes y derechos que nosotros.

Y no se crea que esto sea algun caso que otro, ó mucho menos una ficcion ó cosa de fantasía. Sin salir de Madrid han vivido en esta desesperacion durante el invierno que ha pasado, y aun están viviendo, mas de quinientas familias de abuelos y campesinos, y mas de cien ejidos de imprenta.

Conforme les acontece á estos militares de personas, podria sucederles á estos señores economistas de papallas. ¿Les parecería entonces hazaña la sopa de los conventos? ¿Se aprovecharían á burlarse de ella?

## LA SOPA

donde podéis desengañaros; donde podéis verlo por vuestros propios ojos.

Mañana, si os place, bajad á las Escuelas Pías de San Fernando, en el pobre barrio del Avapiés, ó pasad á las de San Antonio Abad, en la calle de Hortaleza, y podreis cercioraros de lo que era y de lo que es la sopa de los conventos.

Allí vereis en cada uno de esos colegios acudir por la tarde á más de 200 niños de lo más desarrapado y miserable entre los millones de niños miserables y desarrapados, á quienes educan los buenos hijos de San José Calasanz; y los vereis considerarse muy dichosos con poder bregar una parte del manjar que ha sobrado á los colegiales internos y á los justamente llamados *clérigos pobres de la Madre de Dios*, verdaderamente pobres, porque quizá lo son más que los frailes de algunos conventos de mendicantes. Y como por lo comun no alcanza este sobrante á satisfacer el hambre de todos los niños, se ven precisados á aumentar este con manjares que no han salido á la mesa. Muchos de aquellos niños están en ayunas hasta que les toca el reparto de su racion de sopa; algunos apenas comen otra cosa en todo el día.

Cerca de uno y otro establecimiento, las hijas de San Vicente de Paul tienen dos asilos en los llamados de Santa Isabel y del Príncipe Alfonso, en que educan á millares de niñas pobres, y á las que dan tambien un ligero almuerzo, costando todo ello por píasas señoras, y sin gravamen del Estado.

Pasad á ver si es bazofia lo que reparten las hermanas de la Caridad en sus modestos asilos de párvulos.

Yo no atestiguo con muertos, ni cosas pasadas. Lo que digo se puede ver y comprobar, y eso que en buenas reglas de derecho, no era yo quien debia probar, sino los *frailes* y los *clérigos*.

declamadores contra la sopa, pues al acusador toca probar; por lo que no es justo que se destruya con burlas, desprecios calculados y chanzonetas, la obra de los siglos y la accion de la caridad por *economistas de tripallana*.

Y no es solamente en esos asilos de la niñez pobre y desvalida donde se les educa y alimenta á espensas de la caridad cristiana; que otros varos pudieran citar dentro de la misma corte. Apenas hay comunidad alguna religiosa de hombres y